













\_\_\_\_\_



[illegible]







# VALLADOLID Y YO

por CARLOS YDIGORAS

A veces se acerca ese es-  
calofrío triste y am-  
plio de los recuerdos.  
Son muchos los que duermen,  
demasiados nostálgicos para un  
hombre solo. En lo que lle-  
gaba a ser un movimiento co-  
lectivo a través de naciones  
y gentes, de tierras y senti-  
mientos, se fue alejando la  
juventud y la Patria. Si, son  
demasiadas las cosas muertas  
que callan en el fondo de los  
años: cosas, también, que  
verdad que se hicieron con  
el espíritu antiguo y con  
amor. Se dirían sombras des-  
vadas de recuerdos, de esos  
que tienen melodía propia,  
que son soberbios y que se  
llaman y exigen. Tan lejos  
todo, que no escribiste, no  
porque las cartas solo vuelan  
cuando se quiere a medias.  
Lo otro es distinto. Las he-  
ritas del recuerdo solo saben  
de su amargor en cada día,  
de pensamientos que son no-  
tales. Flores y lagos extra-  
ños que se difunden en esa  
sola que llamamos "yo". De-  
masiadas para soñar en un  
futuro de sosiego íntimo y de  
ciudad provinciana, donde al  
encontrar cabe el mapa in-  
terno de las cosas. Las mis-  
mas cosas, las mismas pen-  
samientos, con su superabundancia  
de palabras y su olvidada  
candidez, faltarán todo en va-  
ría, ante mis ojos siempre  
abiertos. Allí en París debía  
de reírse el alcaide de las ar-  
mas liberas, en Shanghai, con  
sus miserias, sus conexiones

y su odio, la imagen de un  
mundo aún sin estrenar: la  
India y sus focos de aberra-  
ción y misterio era tam-  
bién una buena meta para  
ambos de inquietud. África,  
América con nuestro idioma  
y sus rascacielos, sus selvas  
y sus playas. Otros cielos,  
otras mujeres, una nueva vi-  
da.

Limité a la serpiente. De-  
jando tras de mí huellas la  
camisa gastada de mi vida  
climera, corrí hacia las fron-  
teras. Y la espada se olvidó  
una vez más del desecado. Así  
inicié la hermosa aventura de  
lo desconocido. Fue bajo el  
canto callado de una entu-  
scada lluvia cuando me mar-  
ché. También llovía aquella  
mañana abrilista que me vio  
llegar a París. Desde allí, co-  
mo el pájaro joven que en  
un instante determino ve-  
sus alas fortalecidas, me lan-  
cé al primer vuelo solitario.  
No marche hacia el Este, por-  
que aquella ruta ya la cono-  
cía. Los países nórdicos y los  
Bajos, Inglaterra, Italia... Allí  
se hizo la paz del reposo por  
una semana. Siempre recor-  
dare aquel tiempo como un  
crisol al que iban a conver-  
ger las miradas de todo el  
mundo, para que yo a con-  
le misere entero. Como si,  
inconscientemente, hubiese  
abrazado la apartada profes-  
sion de limpiador de cristie-  
les, con toda minuciosidad  
de limpiar el de mi futuro pa-  
ra iniciar, ahora sí, el vuelo  
largo.

A decir verdad, fue largo  
en meridianos y en tiempo.  
Mucho más que el sueño.  
Los rayos del sol de cada ma-  
ñana marcaban una nueva  
ruta y yo, siempre he sido  
amante y obediente al sol. La  
inquietud salubre y una  
tremenda fuerza oculta mo-  
ra de ver el mundo? Las  
mismas cosas, las mismas pen-  
samientos, con su superabundancia  
de palabras y su olvidada  
candidez, faltarán todo en va-  
ría, ante mis ojos siempre  
abiertos. Allí en París debía  
de reírse el alcaide de las ar-  
mas liberas, en Shanghai, con  
sus miserias, sus conexiones

En aquel símbolo de la Es-  
paña de siempre, donde me  
signé —hacia tiempo que no  
lo practicaba con tal unión—  
porque era el momento de la  
nueva revelación. Me dije  
motivo de... Si, dramática  
felicidad. Era el encuentro en  
el oasis inesperado, la distan-  
cia brillante en cada es-  
quina de lo que creía, por ilu-  
bre, un desierto... L u e g o,  
un desierto. Como los ciegos de nacimiento,  
Al despertar encuentran  
el mundo distinto al inven-  
tido.

Ya estoy de vuelta, peque-  
ña, alegre y triste. España  
paña. Vuelvo un poco cansa-  
do, un poco decepcionado. Eso  
se llama experiencia. La po-  
sibilidad que tengo se la  
vendí, se la regaló a quien  
la quería. De he visto, Espa-  
ña, allí en Cádiz, donde me  
escondí detrás de un mon-  
te de carbón mojado para besar  
por mi pisadas últimas las se-  
ñales y las amarguras.  
Ocho o diez años no sé cuán-  
tos, palpado día a día ban-  
deras y tierras, ideas y gentes  
de opuestas tendencias y ali-  
neas... Todo en vano, peque-  
ña, alegre y triste España. Y  
de ello me siento un poco  
avergonzado porque en mi  
condición de "hombre de  
mundo" esto no se concibe.  
¿Sabré que he vuelto al pun-  
to de partida? ¿Y que lo na-  
cional y lo nacionalista, aun-  
que a veces suena mal, ya no  
me aterra, sino que se apo-  
deraron de mí, siento que pa-  
ra siempre?

Si, ha debido de ser aquí,  
en Valladolid. Llegué hasta la  
para examinarla y tuve la  
buena fortuna de que me sus-  
pendieron el primer día. Ce-  
ré los libros restantes, y en  
su amargor, cuando todo  
dormía, fui, como un hadón  
o un enamorado, a acariciar-  
te. Fue en esa noche cansada  
cuando algo se movió en mi  
intimidad para gritarme: ¡Es-  
paña a la vista!, y yo, un po-  
co Trilón, saqué pecho y sus-  
piré feliz por el descubri-  
miento. Luego, mi cabeza y  
mis sentimientos despertaron  
definitivamente. Y ante la  
ciudad callada recordé a  
Shanghai y Cádiz. San  
Francisco y Río; y ante mi  
emoción humana, el siglo XV  
me sonrió complacido y seño-  
rial desde su altura plateres-  
ca de San Gregorio; y junto  
a él, como en reunión de co-  
losos, el San Sebastián y el  
Isidoro me hablaban de Beau-  
guet y San Benito; y no muy  
lejano —porque en Vallado-  
lid todo está cerca— me ha-  
cía señas el recuerdo del Car-  
denal Mendoza con su Tru-  
faldado de Santa Cruz, quizá la  
primera obra renacentista es-  
pañola. Recordando sus pa-  
labras con, oír a tiempo y ha-  
blar en mente con un po-  
sible Lorenzo Vázquez, senti-  
como si una melodía de si-  
glos fuese naciendo en mí.  
Parecía nacer de un gigan-  
tesco o lígido órgano, hecho  
para abrir claridades ante mis  
ojos nublados por el vértigo  
de la vida moderna. Fue allí

tal cosa no ocurría. Y que  
cuando levantaba mi copa, el  
vino tenía un sabor distinto.  
Y sobre todo reconocí que ha-  
bía escado la negatividad, ins-  
tintiva de otros tiempos,  
que por el milagro de mi Des-  
cubrimiento me encontraba  
muy a gusto conmigo y con  
mi hora. Reconocía que había  
de elevar —¡cómo no!— ras-  
cales y fábricas, y muchos  
y sallos de agua y energía  
nuclear y aminor la tierra.  
Pero también me decía que  
por nada en el mundo se de-  
bia permitir que se destruy-  
basen o cayeran en el olvido  
aquellos palacios de Santa  
Cruz, el verso de la fachada  
isabelina o las "bodegas" de  
francesca humilde: que  
hubiese vendida esa honda y  
viril serenidad de Castilla,  
madre de España, porque  
cuarenta países recorridos son  
título p a r t a, humildemente,  
atravesar a cabalgar co-  
sas nuevas, que otra cosa no  
es el espejismo de un extra-  
jero, solo pasible en horas de  
turismo, y decir, de vista.  
Valladolid y yo. Yo a su  
sombra, en el punto mayor  
de la recatada definitiva. X  
entrete mucho mar y mu-  
chachas con ojos castos, qui-  
zá fuese solo por unas horas,  
pero había muchos años que

En aquel símbolo de la Es-  
paña de siempre, donde me  
signé —hacia tiempo que no  
lo practicaba con tal unión—  
porque era el momento de la  
nueva revelación. Me dije  
motivo de... Si, dramática  
felicidad. Era el encuentro en  
el oasis inesperado, la distan-  
cia brillante en cada es-  
quina de lo que creía, por ilu-  
bre, un desierto... L u e g o,  
un desierto. Como los ciegos de nacimiento,  
Al despertar encuentran  
el mundo distinto al inven-  
tido.

Ya estoy de vuelta, peque-  
ña, alegre y triste. España  
paña. Vuelvo un poco cansa-  
do, un poco decepcionado. Eso  
se llama experiencia. La po-  
sibilidad que tengo se la  
vendí, se la regaló a quien  
la quería. De he visto, Espa-  
ña, allí en Cádiz, donde me  
escondí detrás de un mon-  
te de carbón mojado para besar  
por mi pisadas últimas las se-  
ñales y las amarguras.  
Ocho o diez años no sé cuán-  
tos, palpado día a día ban-  
deras y tierras, ideas y gentes  
de opuestas tendencias y ali-  
neas... Todo en vano, peque-  
ña, alegre y triste España. Y  
de ello me siento un poco  
avergonzado porque en mi  
condición de "hombre de  
mundo" esto no se concibe.  
¿Sabré que he vuelto al pun-  
to de partida? ¿Y que lo na-  
cional y lo nacionalista, aun-  
que a veces suena mal, ya no  
me aterra, sino que se apo-  
deraron de mí, siento que pa-  
ra siempre?

Si, ha debido de ser aquí,  
en Valladolid. Llegué hasta la  
para examinarla y tuve la  
buena fortuna de que me sus-  
pendieron el primer día. Ce-  
ré los libros restantes, y en  
su amargor, cuando todo  
dormía, fui, como un hadón  
o un enamorado, a acariciar-  
te. Fue en esa noche cansada  
cuando algo se movió en mi  
intimidad para gritarme: ¡Es-  
paña a la vista!, y yo, un po-  
co Trilón, saqué pecho y sus-  
piré feliz por el descubri-  
miento. Luego, mi cabeza y  
mis sentimientos despertaron  
definitivamente. Y ante la  
ciudad callada recordé a  
Shanghai y Cádiz. San  
Francisco y Río; y ante mi  
emoción humana, el siglo XV  
me sonrió complacido y seño-  
rial desde su altura plateres-  
ca de San Gregorio; y junto  
a él, como en reunión de co-  
losos, el San Sebastián y el  
Isidoro me hablaban de Beau-  
guet y San Benito; y no muy  
lejano —porque en Vallado-  
lid todo está cerca— me ha-  
cía señas el recuerdo del Car-  
denal Mendoza con su Tru-  
faldado de Santa Cruz, quizá la  
primera obra renacentista es-  
pañola. Recordando sus pa-  
labras con, oír a tiempo y ha-  
blar en mente con un po-  
sible Lorenzo Vázquez, senti-  
como si una melodía de si-  
glos fuese naciendo en mí.  
Parecía nacer de un gigan-  
tesco o lígido órgano, hecho  
para abrir claridades ante mis  
ojos nublados por el vértigo  
de la vida moderna. Fue allí

En aquel símbolo de la Es-  
paña de siempre, donde me  
signé —hacia tiempo que no  
lo practicaba con tal unión—  
porque era el momento de la  
nueva revelación. Me dije  
motivo de... Si, dramática  
felicidad. Era el encuentro en  
el oasis inesperado, la distan-  
cia brillante en cada es-  
quina de lo que creía, por ilu-  
bre, un desierto... L u e g o,  
un desierto. Como los ciegos de nacimiento,  
Al despertar encuentran  
el mundo distinto al inven-  
tido.

Ya estoy de vuelta, peque-  
ña, alegre y triste. España  
paña. Vuelvo un poco cansa-  
do, un poco decepcionado. Eso  
se llama experiencia. La po-  
sibilidad que tengo se la  
vendí, se la regaló a quien  
la quería. De he visto, Espa-  
ña, allí en Cádiz, donde me  
escondí detrás de un mon-  
te de carbón mojado para besar  
por mi pisadas últimas las se-  
ñales y las amarguras.  
Ocho o diez años no sé cuán-  
tos, palpado día a día ban-  
deras y tierras, ideas y gentes  
de opuestas tendencias y ali-  
neas... Todo en vano, peque-  
ña, alegre y triste España. Y  
de ello me siento un poco  
avergonzado porque en mi  
condición de "hombre de  
mundo" esto no se concibe.  
¿Sabré que he vuelto al pun-  
to de partida? ¿Y que lo na-  
cional y lo nacionalista, aun-  
que a veces suena mal, ya no  
me aterra, sino que se apo-  
deraron de mí, siento que pa-  
ra siempre?

## LOS DISTINTOS TIPOS DE MUJER

(Verso de S. S. S.)

LA IMPULSIVA

Un tercer tipo femenino es el de la impulsiva que par-  
tece a la vez de los dos tipos extraveridos e introvertido.  
Su función dominante es la intuición, que, como hemos visto,  
escapa a la razón. Este tipo de mujer actúa movida por su  
fantasía, sus presentimientos y "palpitos". Expresa sus ideas  
realmente agudas y originales, pero en seguida desaparecen  
en el momento de ponerlas en práctica, pues vive de impre-  
siones constantemente y sin cesar el mundo exterior le apor-  
ta nuevas intuiciones y ella pasará de un extremo a otro sin  
construir nada sólido y duradero. Es necesario que este tipo  
de mujer, conociéndose individualmente, procure mantener el  
equilibrio de sus facultades desarrollando la constancia, acen-  
tuando siempre lo comenzado, conteniendo su impulsosabi-  
lidad ante cada cosa nueva a su espíritu, ya sea en el terreno  
del estudio, de los sentimientos, de las relaciones sociales, de  
la misma piedad religiosa, de las actividades que comprenda.  
Si ella se ata demasiado a las sensaciones efímeras se desca-  
rrollará en ella un estado de ansiedad ligado al sentimiento  
de inseguridad.

Para terminar con los tipos extraveridos, mencionaremos  
el tipo extraverido en la sensación, al cual pertenecen las  
mujeres que buscan en todo el placer de su sensibilidad y la  
satisfacción de los sentidos. Son las que, sin las debidas ayu-  
das y contenidos, sin la entrega a una sólida regla de vida,  
sin una dirección firme y sin una generosa correspondencia  
a la Gracia, sucumben fácilmente a la seducción sensual.

Nos resta examinar los tipos femeninos introvertidos,  
no menos importantes e interesantes que los extraveridos, y  
lo haremos el domingo próximo.

EVA FRIKEL.

(Adaptación de E. S. para nuestro Suplemento).

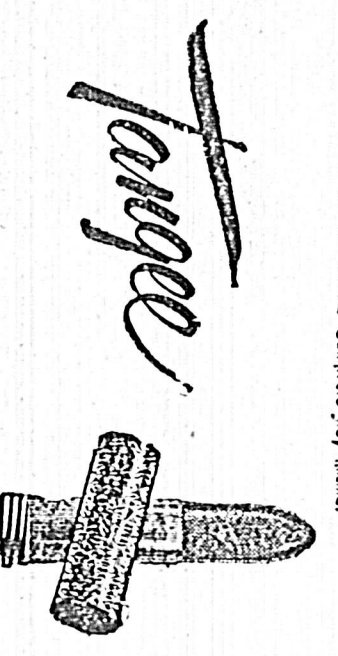
## Labios que piden ser besados.



...labios con Tangee

Hay una reducción irresistible en los labios de toda mujer que  
usa el famoso Tangee.

Es el único labio labial de tamaño permanente que lo hace realmente  
irresistible, no sólo porque al besar al beso,  
Tangee ofrece 10 veces de fuerza media. Entre otros, así  
es el que Ud. desea. Cópelo hoy mismo.



EXISTEN, según el psicólogo Jung, dos "tipos" de mu-  
jer, correspondientes a dos actitudes del hombre:  
la introversión y la extraversión.

La extraversión se vuelve hacia el mundo exterior; el  
introvertido hacia el mundo interior.

En un sujeto normal la introversión se expresa por un  
natural reservado, meditativo, fácilmente reflexivo y hesi-  
tante, siempre está un poco en actitud defensiva, abstran-  
do los objetos exteriores y se replica sobre sí mismo des-  
pués de una observación o de un acontecimiento.

En un sujeto normal la extraversión se expresa por un  
natural abierto y espontáneo, que se adapta fácilmente a las  
situaciones nuevas, establece fácilmente nuevas relaciones y se  
lanza a menudo confiadamente hacia lo desconocido sin va-  
cilar, descartando deliberadamente las objeciones que pue-  
dan aparecer en su espíritu.

Para el extraverido, el objeto que está fuera de sí jue-  
ga el principal papel en su vida. Para el introvertido, proe-  
mina su propio mundo interior o sea el mismo, el sujeto. En  
el conjunto de su vida el extraverido se conforma a las ex-  
igencias del medio ambiente, se adapta, en cambio, el in-  
trovertido tiene un cuenta sobre todo los factores personales y  
subjetivos.

Esta clasificación general de Jung, cuya descripción an-  
ticipa arriba es la que da el mismo, se completa con su clasi-  
ficación de las cuatro funciones psicológicas fundamentales.  
Dos funciones son racionales: el pensamiento y el sentimen-  
to. Dos son irracionales: la intuición y la sensación.

Estas funciones son activas en la persona, aunque en gra-  
dos diferentes. Generalmente predominan en una persona dos  
de ellas. Lo cual permite establecer "tipos" diversos, por ejem-  
plo, extraveridos sentimentales o introvertidos racionales.  
Vamos a describir aquí los tipos femeninos que pueden  
deducirse de la clasificación general de Jung y que pueden  
aplicarse a las psicologías individuales.

Las características generales de las mujeres extraveri-  
das son: se vuelven y vuelven principalmente hacia el mun-  
do exterior y se dejan influir por cuanto les manda los apor-  
ta, ya sea bueno, ya mediocre, superficial o nuevo. Tienen  
apertura hacia el mundo que las rodea, pero pueden ser arris-  
tradas por ese mundo y volverse superficiales, epidermícticas si  
descienden su vida interior.

Las mujeres extraveridas tienen la cualidad de adap-  
tarse fácilmente a las situaciones nuevas y su personalidad  
fluctúa habitualmente a porfía en armonía con su alrededor.  
Ellos se adaptan a la realidad. Son capaces de renunciar a  
algo determinado, fuertemente arraigado por el objeto exte-  
rior que arrastra su particular individualidad: una persona,  
una idea, un movimiento, una obra, también una moda...  
Ellos se dan enteramente a ese objeto exterior que les atrae,  
sea bueno, sea malo. Pero, para mantener el equilibrio, tales  
mujeres han de velar sobre que objeto tienden y en que me-  
dida para no perder de vista el buen enfoque de sus tenden-  
cias y para mantener el equilibrio entre la vida exterior y su  
vida interior, pues el mundo objetivo no debe violar su vida  
subjetiva. Lo que deben tener en cuenta estas mujeres es la  
utilización de sus fuerzas que se extraviarían al servicio de  
un auténtico ideal o de un fin noble. Al mismo tiempo estas  
mujeres no deben exigir de las demás lo mismo, pues no to-  
das tienen las mismas tendencias ni los mismos dones.

Por otra parte, si hemos señalado algunos peligros que  
pueden correr las mujeres extraveridas no es para decir que  
francés. Todo lo contrario, son mujeres sociables, generosa-  
mente, emprendedoras, capaces de gran actividad y en grado  
en bien de la familia, del prójimo en general, y  
donde actúan.

## LOS DISTINTOS TIPOS DE MUJER

LA EXTRAVERTEIDA DE PENSAMIENTO

Al lado de la mujer extraverida sentimental existe el tipo de la mujer  
de acción, o sea, la mujer extraverida de pensamiento. La mujer "de cabeza".  
Su sentido de organización es muy desarrollado, se consagra a una idea o a  
un deber, a veces de un modo excesivo y una rigidez de comportamiento.  
La mujer que más se acerca a este tipo tiene la tendencia a abstraerse y a  
considerar el conjunto del mundo bajo el ángulo de la idea que la ocupa y  
todo si algún obstáculo exterior quiere demostrarle lo contrario.  
El pensamiento en estas mujeres está sometido al juego regulador de las  
demás funciones psicológicas, la intuición, el sentimiento, y así las tenemos  
extraordinariamente constructivas, llenas de iniciativa, de capacidad de tra-  
bajo, concretas, prácticas y realistas en saber aprovechar del conjunto de una  
situación para utilizarla para sus fines. Este tipo de mujer extraverida de  
pensamiento y de acción está dotada de un gran poder de voluntad. Exigen  
mucho de sí mismas, pero también de los demás, de modo que los colabo-  
radores no se conforman fácilmente a su autoridad; sin embargo, este tipo de  
mujer organizadora y jefe sabe descubrir talentos a su alrededor y hacerlos  
rendir en grandes realizaciones.

Pero, mientras este tipo de mujer parece muy fuerte, tiene una debilidad:  
su extrema susceptibilidad frente a la crítica, frente al éxito o al fracaso.  
Con todo, los obstáculos son barridos por el impulso activo y ella sigue su ca-  
mino, demasiado imperturbable al sentimiento, principal reproche que pue-  
damos hacerle. En realidad, en la práctica, muy raramente este tipo existe en  
estado puro; habitualmente la función del pensamiento está ligada a la de la  
intuición (facultad creadora), que implica un contacto afectivo con la reali-  
dad de la experiencia. De estas mujeres hay muchas a nuestro alrededor, in-  
teligentes y concretas al mismo tiempo, fuertes y amables, conscientes de  
su papel cultural en el mundo, abiertas a los problemas de la humanidad a  
los cuales donan su mente, sus energías y su corazón.

(Continúa en 4ª página)